

El libro como herramienta cultural por Susana Pironio

Quiero compartir con ustedes algunas ideas sobre el libro como objeto cultural, más precisamente, como herramienta cultural. Para construir este discurso volví a varios libros que ya había leído y que recordaba como adecuados para esta oportunidad.

Esos libros son: *Maestros y textos* de Michael Apple, *La mente en acción* de James Wertsch, *La cultura escolar en la sociedad neoliberal* de Ángel Pérez Gómez y *La matemática: del conflicto al diálogo* de Corso y La Menza.

Dice Michael Apple que podemos considerar la **cultura en dos sentidos**: como **un proceso vivido** o **como una mercancía**. En el primer caso, enfocamos la cultura como una compleja herencia social no biológica, como un proceso social constitutivo a través del cual vivimos nuestra vida cotidiana. La cultura es el conjunto de conocimientos y valores que no es objeto de ninguna enseñanza específica y que, sin embargo, conocen todos los miembros de una comunidad. Sabemos que cada persona tiene raíces culturales ligadas a la familia, a la memoria étnica, constituida por estructuras, funciones y símbolos, transmitida de generación en generación mediante complejos procesos de socialización. A estos influjos locales se han sumado cada vez más intensamente los de los medios de comunicación e información.

Al considerar la cultura como una mercancía, ponemos el énfasis en los productos culturales, en los objetos que producimos y consumimos. Esta distinción entre proceso y mercancía es meramente discursiva puesto que, en la realidad, ambos sentidos confluyen y se entrelazan.

Todo producto cultural, resultado de interacciones humanas, mantiene estrechas relaciones con el marco político, económico y social donde se genera y con el que interactúa. Los productos culturales, especialmente los simbólicos, como los libros, que encierran significados, expectativas y comportamientos arraigan y perviven cuando tienen cierto grado de funcionalidad para interactuar con las condiciones sociales y económicas del entorno. Pero, no por esto debemos pensar que las relaciones entre los productos culturales y el medio son estáticas y que hay siempre una necesaria dependencia del contexto, como sostenía la interpretación mecanicista del desarrollo histórico. Una vez producidos, los objetos culturales logran cierta autonomía y establecen nuevas relaciones con quienes los emplean, es decir, con los agentes sociales.

Mediante la producción de ciertos objetos culturales llamados herramientas, el ser humano transforma la naturaleza y se transforma a sí mismo. No sólo produce utensilios y herramientas para modificar el mundo externo, sino también ha creado signos, especialmente los lingüísticos, que regulan la conducta de los demás y la propia. El desarrollo del género humano podría verse como la creación constante de nuevos instrumentos de mediación cultural, o como el dominio de formas más avanzadas de un instrumento mediante la interacción con otros miembros de la cultura. Esto es lo que ocurre en la escuela, donde interactúan los docentes y los alumnos empleando múltiples herramientas culturales, algunas de ellas especialmente creadas para la enseñanza y el

aprendizaje, como los libros escolares.

Hasta hace poco tiempo, no se les había prestado atención crítica en cuanto a conocer las fuentes ideológicas, políticas y económicas de su producción, distribución y recepción. El libro es liberador del pensamiento puesto que proporciona la información pero es también parte del sistema de control de los grupos dominantes.

Es preciso reconocer que contamos con una amplia dotación instrumental mucho más rica de la que solemos emplear para enseñar y ayudar a enseñar y que tal vez sea necesario hacer un uso más creativo y crítico de tales instrumentos.

En efecto, si prestamos atención a **la relación entre las herramientas culturales y los agentes que las emplean**, advertiremos que entre ellos hay una tensión irreductible. Para explicar esta afirmación, James Wertsch recurre a un ejemplo: la competencia atlética llamada *salto con garrocha*. Es un buen ejemplo de la relación entre el agente y el instrumento porque la garrocha por sí misma no impulsa a los saltadores sobre la barra horizontal, sino que debe ser usada con destreza por el agente. Al mismo tiempo, un agente sin garrocha o con una inadecuada es incapaz de participar en esta competencia. Si bien los dos elementos están siempre presentes, en ciertos casos uno de ellos puede cobrar especial importancia y cualquier modificación que se introduzca en uno, cambiará su relación con el otro.

Un aspecto también interesante del uso de instrumentos culturales es **el objetivo o propósito de la acción**. Pensemos entonces, con qué objetivo o propósito usamos los libros. ¿Usamos todos los libros con el mismo propósito o cambia el objetivo según el tipo de libro, el momento en que se lo emplea, el valor que se le asigna?...

Lo importante es advertir que la acción que emplea herramientas culturales puede sufrir una transformación fundamental al producirse nuevos modos de mediación. Hay infinidad de ejemplos al respecto: los procesadores de texto frente a las máquinas de escribir, las calculadoras electrónicas en lugar de la regla de cálculo, la fotografía en lugar de la pintura para representar la realidad, lo que permitió a las artes plásticas librarse de la fidelidad al modelo, los pañales descartables frente a los de tela, la congelación de alimentos en la heladera casera, los libros de bolsillo que permitieron leer en cualquier lugar... Ante tales cambios, nos preguntamos si el agente realiza la misma acción u otra, cuando emplea los nuevos instrumentos.

Y entonces aparece la cuestión de las **habilidades necesarias** para usar las herramientas y de cómo la frecuentación de ciertas herramientas culturales desarrolla ciertas habilidades. Si tenemos en cuenta esto, resulta que quien no ha frecuentado los libros y no ha desarrollado las habilidades para encontrar en ellos la información o el placer que busca, difícilmente podrá ayudar a otros a desarrollar tales habilidades. Es difícil adquirir práctica en el uso de los libros. Si no se supera el conflicto o la resistencia a usarlos por parte de los estudiantes, esas herramientas les resultarán siempre ajenas y no podrán enriquecer con ellas su formación para la vida privada y pública.

Los libros son herramientas culturales que contribuyen a la construcción del conocimiento y a la formación de ciudadanos responsables. Pero si el libro, cualquiera sea, es considerado portador de verdades incuestionables que deben ser absorbidas por

los lectores, sofocando la tensión irreductible entre el instrumento y el agente, perderá su posibilidad educativa y formadora de la conciencia democrática. Sólo será eficaz si se lo emplea para que, a partir del texto que se le ofrece, cada lector reconstruya conscientemente su pensamiento y su experiencia y los pensamientos y las experiencias de los demás sobre el contenido en cuestión.

Bibliografía

Apple, Michael, W., Maestros y textos. Una economía política de las relaciones de clase y de sexo en educación. Buenos Aires: Paidós, 1989. [Temas de educación]

Corso, L. y La Menza, R. A.: *La Matemática: del conflicto al diálogo. Reflexiones sobre su enseñanza como hecho comunicativo en el Tercer Ciclo de la E.G.B.* Buenos Aires: Aique, 1999.

Pérez Gómez, Ángel I.: *La cultura escolar en la sociedad neoliberal.* Madrid: Morata, 1998.

Wertsch, James: *La mente en acción.* Buenos Aires: Aique, 1999.

Susana Pironio

- Profesora en Letras de la Universidad de Buenos Aires
- Posgrado en Ciencias Sociales y Educación (FLACSO)
- Ex docente en la Escuela Técnica ORT
- Ex Rectora en el Secundario del Instituto Summa.
- Ex asesora en la Dirección Nacional de Enseñanza Media (Ministerio de Educación de la Nación)
- Autora de textos para la enseñanza de la lengua y de diversos trabajos sobre temas de educación.
- Asesora y coordinadora de grupos autorales en editoriales de textos escolares.